

Los poetas del 50



Angel González e Yvonne de Barral, viuda del poeta y editor, durante el acto celebrado ayer en el Campoamor.



De izquierda a derecha Francisco Brines, Bryce Echenique, Angel González, Yvonne de Barral, Caballero Bonald, Carlos Sahagún, Claudio Rodríguez y Goytisolo.

Oviedo, Pilar RUBIERA

«Soy catalán, pero no suelo decirlo para no humillar a los demás». José Agustín Goytisolo, el autor de «Palabras para Julia», inició así el encuentro literario celebrado ayer en el Campoamor, protagonizado por los poetas de la generación del 50, a la que el escritor peruano, Alfredo Bryce Echenique, definió como «la más seria, la más grande, la más bondadosa de todas las generaciones». Angel González, el único asturiano del grupo, fue más conciso en su definición: «Nos une una manera de vivir y de beber».

El motivo oficial de esta nueva reunión en Oviedo era la presentación de un libro sobre los encuentros celebrados en esta misma ciudad en mayo de 1987, editado por la Fundación Municipal de Cultura. La escritora y crítica Fanny Rubio lo definió como un acto «provocativo», hecho en un momento «en el que los poetas no pintan nada». En un escenario preparado para la ocasión se sentaron José Agustín Goytisolo, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún, José Caballero Bonald y Francisco Brines. Hubo dos invitados, uno de ellos de gran poder seductor que enamoró al auditorio: Alfredo Bryce Echenique, «el indio», como se llamó a sí mismo La otra era Yvonne de Ba-

ral, la viuda del poeta y editor fallecido recientemente, una de las presencias ausentes, junto a las de Jaime Gil de Biedma, Alfredo Costafreda y José Angel Valente. Algo quedó definitivamente claro, por si no le estaba lo suficiente, la amistad como nexo de unión del grupo: «Eramos todos amigos, pumeta. Cada uno escribía como le salía de las narices», dijo Goytisolo. Haciendo uso de su buen tono profesional, Angel González puntualizó: «Nos une una común vivencia de un tiempo, la amistad y una mutua admiración; una manera de vivir y de beber». Más adelante añadiría: «El mérito de esta generación es que ha escrito muy bien. Ha recuperado una escritura muy bien hecha, muy digna».

La bondad

La casualidad hizo que Alfredo Bryce Echenique, invitado

por la Universidad de Oviedo, coincidiera con este grupo de amigos. Sentado entre ellos, el autor de «La vida exagerada de Martín Romaña» relató, como «una recordación periodística», su encuentro con todos, excepto con Carlos Sahagún, a quien conoció ayer. Su relación con la generación comienza en una habitación, en la que también se encontraban Bousono y Brines; los dos escucharon hace algunos años, en Madrid, la lectura de sus cuentos y le animaron a «seguir», habló de las «últimas copas» que compartió, entonces, con Claudio Rodríguez, amigo de los anteriores y «a quien nadie odió tanto como mi novia». Muchos años después, Bryce entraba en el cabaret Oliver de Madrid con su ex esposa, aquella novia, y Claudio Rodríguez la saludó a ella, sin reconocer al que había sido compa-

nero de conversaciones y borracheras.

A Carlos Barral acudió para que le publicara una novela y el editor accedió. El libro fue premio de la crítica en una época franquista en la que algunos críticos cambiaban de opinión en función de las presiones. Se quedó sin galardón, pero algún tiempo después Bryce pudo leer un comentario que se titulaba así: «Bryce mereció ganar». Lo firmaba José Caballero Bonald.

Viajero impenitente, Bryce Echenique fue «algún día» a Perú, su país, y en la casa de un editor «bohemio y muy loco» conoció a José Agustín Goytisolo que se le presentó como un gran poeta peruano. El primer encuentro con Angel González fue, según relató el novelista, «en la onomatopéyica playa de Pichilingüe». Ambos estaban muy borrachos, y Bryce Echenique

que recuerda que «Yvonne siempre salía del mar». La relación con el poeta asturiano continúaría más tarde en Alburquerque.

Bryce declaró haber recibido de todos bondad y generosidad, algo que no gustó mucho a Goytisolo. «Te quiero mucho, pero yo jamás fui bueno contigo», le dijo.

En opinión del autor de «Tantas veces Pedro», sería imposible celebrar una reunión de estas características con los escritores más significativos del llamado «boom» latinoamericano.

«Todos se hubieran excusado por política y por falta de bondad, de generosidad». Se habló también de la importancia del contacto con la poesía extranjera de los miembros de esta generación, sobre todo del denominado «grupo catalán». «Procedíamos de un

mismo origen familiar, de una misma actitud moral hacia la política y teníamos una estimable tendencia hacia el consumo de bebidas alcohólicas», afirmó Caballero Bonald. Y el público que acudió al Campoamor pudo comprobar que estos grandes poetas siguen fiel a sí mismos, con una amistad «a la larga», como escribió Gil de Biedma.

Claudio Rodríguez y Carlos Sahagún —este, el más silencioso— siempre han reivindicado la individualidad de la labor literaria. «Lo que nos une es la atención hacia la técnica, la destreza poética, el lenguaje y el fondo crítico. Los itinerarios son muy diferentes», señaló el primero.

«Estos bebedores y vividores parecen muy frívolos, pero son mucho más serios de lo que aparentan», sentenció Yvonne de Barral.

Alguien, entre el público, quiso recordar a Alfredo Costafreda, la primera ausencia de este grupo. José Agustín Goytisolo cerró el acto con un bellísimo poema del amigo —titulado «Mi padre ha muerto»—, que quiso morir antes de que saliera publicado su último libro «Sucedidos y otras muertes».

El poeta destaca el equilibrio de su generación entre palabra y contenido

Brines: «El paso del tiempo es lo maravilloso y lo trágico de vivir»

Oviedo, Luis Mario ARCE

«El paso del tiempo es un tema recurrente en mi obra porque el hombre es tiempo y cuando lo pierde deja de ser. Eso es lo maravilloso y la tragedia de vivir». Francisco Brines, poeta, autor de escritura temprana pero tardíamente dado a conocer —su primer libro, «Las brasas» (1960), lo publicó a los veintiocho años—, participó ayer en Oviedo en un encuentro con miembros de su generación, la de los 50, en la que posee una personalidad diferenciada por la escasa referencia a la problemática socio-política, núcleo básico de la obra del grupo.

—Le agrada que se destaque el tono crepuscular de su poesía?

—Sí, porque el crepúsculo es la hora en la que escribo, aunque en el sentido mi poesía es elegíaca, canta a la pérdida, al paso del tiempo. Creo que eso es lo que mejor la define, el tono elegíaco.

—El paso del tiempo es una referencia temática común a toda su obra. ¿Por qué esa obsesión?

—Es eso lo que somos. El hombre es tiempo y cuando lo pierde deja de ser. Como tema es tan general y tan amplio que puede abarcarnos todo. El tiempo es lo

maravilloso y la tragedia de vivir. —¿Asume la poesía como una forma de análisis e interpretación crítica de la realidad?

—La poesía es, sobre todo, un método de conocimiento. Este ha podido ser el espíritu de la Generación de los 50, el concebir la poesía como forma de conocimiento y reconocimiento de la realidad; la poesía se acomete para obtener una revelación.

La emoción del poema

—¿Individualiza la creación poética la realidad social?

—Sí, porque la experiencia de la vida guía esa creación. El poeta tiene un punto de vista personal y sólo desde ese yo puede efectuar la interpretación de la realidad, no porque él sea más o menos importante que cualquier otra persona. Lo que se obtiene en ese proceso es lo mismo que se obtendría de cualquier otro yo, y se convierte en algo comunitario.

—Refleja indefectiblemente el poema una experiencia biográfica íntima de su autor?

—No es una forma de intensificar o exteriorizar una experiencia personal, sino de obtener un conocimiento, del que a

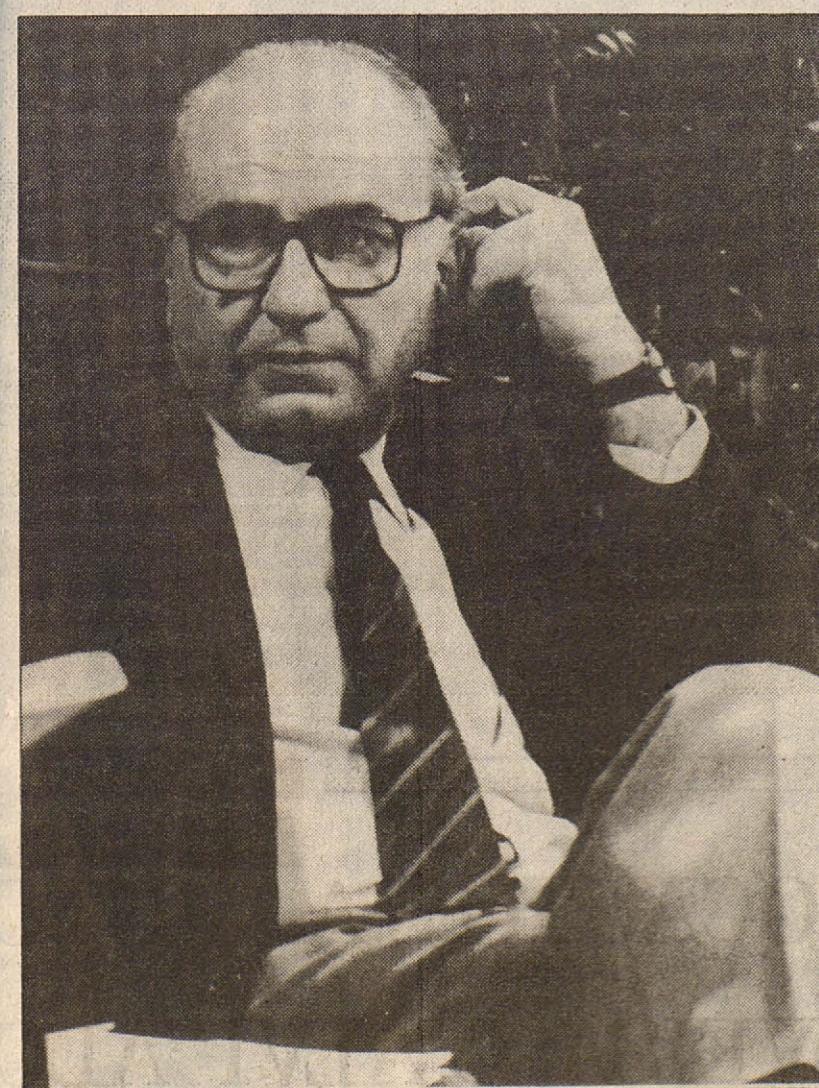
su vez se derivan unas emociones, que son lo que importa.

—A diferencia de la mayoría de escritores de su generación usted apenas ha tratado la problemática social, entendida en su concepto más ideológico.

—He escrito poca poesía social, pero entendida como una poesía que depende del hombre y habla de él, mis poemas pueden asociarse a ese concepto. La problemática social es muy vasta; hablar de amor es tan social como cualquier expresión de protesta o ideología. En la poesía del Renacimiento lo social es lo que se comunica con emoción, independientemente de cuál sea su contenido.

—¿Cuál fue su vivencia personal de la guerra civil?

—Dentro de la Generación de los 50 estamos personas con una diferencia de edad de hasta quince años, y no es lo mismo haber vivido la guerra de niño que de adolescente. Yo la viví de niño y no tengo la experiencia previa de otros de un mundo en libertad; aquél fue mi primer conocimiento de las cosas. Tenía una edad en que la infancia la habría vivido de la misma manera, no estaba abierto al ex-



Francisco Brines destaca el equilibrio de su generación.

terior. Si la viví en sus consecuencias, ya que éstas se alargaron casi hasta la vejez.

—¿Es esa vivencia de la gue-

rra civil el principal nexo de unión de su generación?

—Lo que más nos une es la concepción de la poesía como

forma de conocimiento. En ese sentido hay algo muy importante, que es cómo se interrelacionan la poesía y la vida. En el tratamiento del lenguaje y el poema nos diferenciamos de las generaciones previa y posterior, por la importancia que se concede a la forma, el lenguaje, la expresión, pero en función de unos contenidos revelados de la vida. En la generación previa se producía una descompensación con respecto a los contenidos, y en la posterior con respecto a la autonomía del poema en la palabra, pensando que en la expresión estaba el poema. Nosotros somos, en ese sentido, una generación más equilibrada.

El Grupo del 27 y Aleixandre

—¿Se siente especialmente vinculado a los poetas del 27?

—Sí, pero esa es una constante en todas las generaciones. Machado, Unamuno y Juan Ramón Jiménez forman un tronco del que dependen todos los poetas posteriores, incluidos los de la Generación del 27.

—¿Cómo lo influyó conocer a Vicente Aleixandre?

—Me ha influido mucho más él, su amistad, que su poesía; su expresión exaltada y su visión personalizada de las cosas no me han influido mucho, creo yo. Fue muy importante mi trato personal con él, y le debo cosas como el orden de mi primer libro, o algunos títulos de poemas de mi segunda publicación, aunque muchos los modifiqué.